

La historia. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?

Dr. Justo L. González



AETH Bienal Conference
Orlando, FL
Octubre de 2024

La historia. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?

Buenos días. Se me ha pedido que les ofrezca una “clase maestra” o una “clase especial” sobre el tema general de “la historia”. Debo confesar que yo no sé bien qué es eso de una “clase maestra”. ¡Me parece difícil dar una clase sin ser maestro o maestra!

Y en cuanto a lo de “especial”, me parece que lo que esta clase tiene de “especial” es que el tema es demasiado ambicioso. Es casi como si se me dijera que debo darles una clase sobre todo cuanto hay bajo el cielo.

En todo caso, aunque parezca que me estoy quejando, tengo que confesar que estoy gozando de esta oportunidad de tratar sobre lo que mejor me parezca.

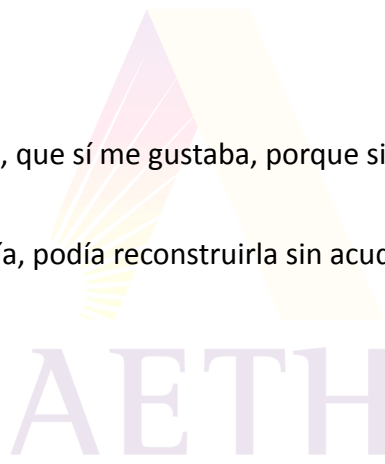
Ya que estamos en momento de confesiones, me parece que debo empezar confesando que cuando yo tenía unos 14 o 15 años la asignatura que menos me gustaba era la historia. La historia me aburría porque eran cosas que había que aprenderse de memoria. Había que saber

quién sucedió a Carlos V como rey de España, y entender por qué Carlos II vino después de Carlos V. De un rey cualquiera había que saber de qué país eres rey, y cuál era su número.

Enrique II de España no era lo mismo que Enrique II de Francia; y tampoco lo mismo que Enrique II de Inglaterra. Pero Jacobo I de Inglaterra sí era el mismo que Jacobo VI de Escocia.

¡Aquello no tenía ni pies ni cabeza! Lo único que se podía hacer era aprendérselo de memoria, como las tablas de multiplicación.

Eso era muy diferente de la física, que sí me gustaba, porque si a uno se le olvidaba una fórmula, pero de veras la entendía, podía reconstruirla sin acudir necesariamente a un libro.



Entonces llegué al seminario. Mi hermano, quien había entrado al seminario un par de años antes, me había hablado del más distinguido teólogo del siglo XX, Karl Barth. Tan pronto como se me presentó la oportunidad, fui a la biblioteca del seminario y saqué el primer tomo de la *Dogmática Eclesiástica* de Barth. No había leído mucho cuando empecé a toparme con nombres desconocidos. Pronto me di cuenta de que Barth nunca pudo haber hecho lo que hizo sin conocer el pensamiento de esos personajes. Fue a partir de entonces que empecé a

interesarme en la historia –no tanto en la historia de los personajes, sino más bien la historia de su pensamiento. Poco a poco me fui convenciendo de que la buena teología es en realidad un diálogo, primeramente, con las Escrituras; pero también necesariamente con el resto de la iglesia –tanto la de hoy como la de siglos pasados. Por esa razón el tema que estudié para mi doctorado fue la historia de la teología, y poco después uno de los primeros libros que escribí cuando llegué a Puerto Rico fue la *Historia del pensamiento cristiano*.

Poco a poco me fui dando cuenta de que ese diálogo que se encuentra al centro de la teología no es solamente un diálogo intergeneracional, que incluye a mis maestros y estudiantes así como a san Agustín, Tomás de Aquino y Sor Juana Inés de la Cruz, sino que es también un diálogo intercultural e intercontextual. Por eso unos pocos años después de terminar la *Historia del pensamiento cristiano* empecé a escribir otros materiales en los que he tratado de colocar mi diálogo con mis contemporáneos así como con mis antepasados en la fe dentro del contexto sociopolítico de cada uno de mis interlocutores. Agustín, por ejemplo, ya no es para mí solamente el teólogo más influyente en toda la iglesia occidental, sino que es también un interlocutor que me habla de su constante conflicto interno entre las romanidad de su padre y

la africanidad de su madre –en otras palabras, un mestizo como tantos de nosotros.

Pero dejemos la autobiografía y enfoquémonos más en el tema que se me ha pedido. ¿Por qué la historia? En pocas palabras, porque prácticamente todo lo que tenemos es historia. Hacia el final de sus *Confesiones*, tras contar la historia de su vida, Agustín pasa a discutir el tema del tiempo. Entre muchas otras cosas, señala que el pasado ya no existe sino en la memoria, que el futuro existe solo en la expectativa, y que el presente no es sino ese instante fugaz en el que lo que era futuro se vuelve pasado. (Como comentario de pasada, pero de enorme importancia, quisiera decir que la experiencia cristiana de la redención implica no solamente que Dios nos promete un nuevo futuro, sino también que nos promete y nos da un nuevo pasado. Pero eso no es tema para discutir ahora.)

Dejando ese tema para otro día, empecemos por señalar que el pasado, aunque se llame “pasado”, siempre está presente. A veces lo desconocemos y nos desentendemos de él. Me hago la idea de que este teléfono llamado “inteligente”, por ser nuevo, lo ha dejado todo detrás. (Si es el modelo 8, y ya salió el 9, ¡tengo que cambiarlo!) Pero en este teléfono que ya va

envejeciendo está el legado de generaciones y generaciones sin las cuales no lo tendríamos. Es el legado de científicos que se dedicaron a estudiar la electricidad y su comportamiento. Es el legado de alguien, probablemente allá en la India, quien tuvo la insólita idea de crear una cifra que no quiere decir nada, pero en la matemática se ha vuelto necesario, y que hoy llamamos “cero”. En este teléfono está el legado de aquellos antiguos egipcios que para poder medir las tierras después de las inundaciones anuales tuvieron que desarrollar toda una serie de principios matemáticos. En ese teléfono está hasta el legado del ignoto antepasado nuestro que tuvo el atrevimiento de agarrar un leño ardiente, y así nos hizo dueños del fuego. La historia, y sólo la historia, me hace ver cuánto se encierra en este teléfono. Con razón le llamamos “inteligente”; pero es inteligente también porque hasta aquí nos ha traído la experiencia que se ha ido acumulando y traspasando “de generación a generación”.

Pero hay más. No es solamente este teléfono con sus capacidades sorprendentes lo que es testimonio de la importancia de la historia. También lo es nuestra vida misma, nuestra propia realidad humana. Bien decía José Ortega y Gasset, que es imposible decir cosa humana alguna sin involucrar la historia. Por eso cuando dos personas se empiezan a conocer y quieren

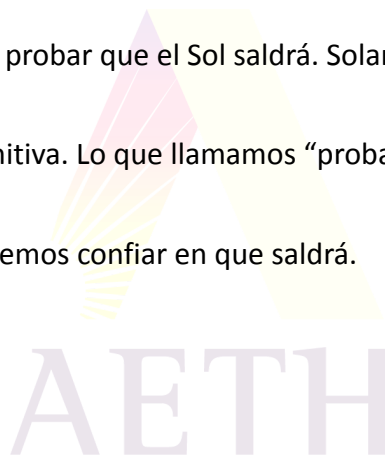
conocerse mejor comentan acerca de sus gustos –“me gusta la música clásica”, o “no me gusta el ajo”– o de su historia: “¿De dónde eres? ¿Dónde estudiaste? ¿Qué te trajo acá?”, etc. Lo que es más, si hablamos de nuestros gustos también estamos resumiendo una historia: Si digo, “me gusta la música clásica”, lo que estoy diciendo es que por lo general cuando he oído esa clase de música he sentido placer. Y si digo que no me gusta el ajo, lo que estoy diciendo es que en el pasado, cuando he comido algo con ajo, no me ha gustado. En este momento no estoy oyendo música ni comiendo con ajo; pero mi historia es que en algunos momentos pasados la música me gustó y el ajo no.

En cierto modo, cada uno de nosotros es su propia historia. Yo soy quien soy por razón de quienes fueron mis padres, mis abuelos, mis vecinos, mis maestros y maestras. Yo pienso como pienso por razón de lo que he experimentado, de lo que he sentido, de lo que he leído, de lo que he sufrido, de lo que he alcanzado, de lo mucho en que he fallado, y hasta de lo que he olvidado.

Lo mismo es cierto de nuestras comunidades e iglesias. Cada una de nuestras iglesias es lo que

es por razón de lo que aconteció antes, de quién les predicó, de quién les enseñó, de las discusiones que han tenido entre sí, de los problemas que han confrontado, de las ayudas que han recibido.

Vayamos al extremo: la única razón por la cual me atrevo a esperar y confiar en que el Sol saldrá mañana es que una larga historia de miles y miles de años nos dice que el Sol sale cada mañana. No tenemos manera de probar que el Sol saldrá. Solamente sino viéndolo salir lo comprobaremos de manera definitiva. Lo que llamamos “probarlo” es en realidad el juicio basado en el pasado, de que podemos confiar en que saldrá.



Todo esto, llevado al ámbito de la fe, tiene una importancia enorme. La fe cristiana no es esencialmente una doctrina ni una serie de doctrinas. La fe cristiana se basa en una historia que podemos interpretar de diversas maneras, pero que no por eso deja de ser una narración de carácter histórico.

Para entender lo que quiero decir con todo esto, permítanme volver a lo que dije antes acerca

de por qué me gustaba la física y no la historia. Como dije, la física me gustaba porque lo importante no era aprender las fórmulas, sino entenderlas. Lo mismo es cierto de la matemática. En uno de los diálogos de Platón, Sócrates toma a un esclavo poco instruido, quien nunca ha estudiado matemáticas, y poco a poco, mediante una serie de preguntas, va sacando principios matemáticos de la mente del esclavo. Lo que Platón quiere probar es que tales principios están ya en la mente del esclavo sin que alguien se los enseñe. Lo que se requiere no es que alguien nos diga tales principios, sino más bien que alguien nos ayude a entender lo que en cierto modo ya sabíamos o podríamos saber.

Como traté de explicar anteriormente, la historia es muy diferente. No podemos sacárnosla de la mente. Para saberlo es necesario que veamos lo que aconteció, o que alguien nos lo cuente.

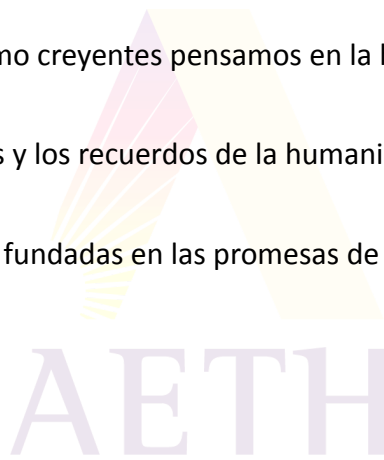
Usted puede ser muy inteligente. Puede ser más que genio. Puede tener un cociente de inteligencia de 200. Pero no puede saber que Lutero clavó sus famosas 95 tesis en el año 1517 si alguien no se lo dice. Puede decírselo por escrito o en forma oral; pero alguien tiene que decírselo.

Eso es lo que queremos decir cuando afirmamos que la fe cristiana es una fe histórica. No queremos decir solamente que ha seguido un curso histórico. Eso es cierto de cualquier escuela filosófica, de todo movimiento literario, de todo elemento cultural. Lo que queremos decir cuando afirmamos que la fe cristiana es una fe histórica es que en última instancia se centra en acontecimientos. No es como la física, que tanto me gustaba porque podía irme sacándola de la cabeza. Es más bien como la historia, que no puedo conocer si alguien no me lo ha contado o si no lo he presenciado. Es a esto que se refieren las famosas palabras de Pablo: “¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”

Todo esto se corrobora repetidamente en las narraciones del Nuevo Testamento: El eunuco etíope ha venido hasta Jerusalén para adorar. El Espíritu Santo le ha estado preparando. Pero ese mismo Espíritu envía a Felipe para que le hable de lo que ha tenido lugar en Jesús. Cornelio recibe direcciones del Espíritu Santo; pero ese mismo Espíritu le dice que mande a buscar a Pedro, quien le hablará de lo acontecido en Jesús. En el Pentecostés mismo, el Espíritu no se dirige directamente a las multitudes, haciéndoles saber acerca de Jesús, sino que inspira a los discípulos para que sean ellos quienes anuncien esa historia.

Pero esta historia de Jesús tiene también otra dimensión. No es una historia que termina con nosotros o con nuestros días. No es solamente una historia que explica lo que somos por razones del pasado, sino una historia que también anuncia lo que hemos de ser por razones del futuro. Es una historia que empieza en el Génesis y termina en el Apocalipsis; que nos lleva del huerto a la ciudad; de las hojas de higuera a las túnicas blancas y las coronas de oro.

Todo eso implica que cuando como creyentes pensamos en la historia, no nos referimos únicamente a nuestros recuerdos y los recuerdos de la humanidad, sino que también nos referimos a nuestras esperanzas, fundadas en las promesas de Dios.



En varias ocasiones he tratado de explicar esa diferencia diciendo que en la escuela me enseñaron a distinguir entre causas y consecuencias, y me enseñaron también que las causas siempre van primero, y las consecuencias surgen de ellas.

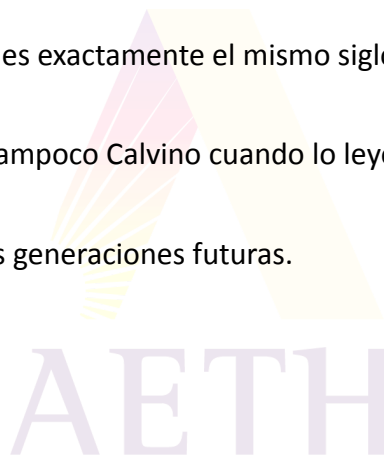
El problema está en que cuando en la modernidad hablamos de “causas” nos estamos refiriendo únicamente a lo que los antiguos llamaban “causas eficientes”, y nos olvidamos de lo

que llamaban “causas finales”. Cuando encendí mi computadora para escribir estas palabras, la pantalla se iluminó. La causa eficiente de esa iluminación fue el haber encendido yo la computadora. Pero en realidad más allá de esa causa eficiente, había un propósito, una causa final: encendí la computadora, y la pantalla se iluminó, porque yo tenía un propósito, lo que bien podríamos llamar una “causa final” por la que la pantalla se iluminó —o deberíamos decir más bien una “causa intermedia”, porque los antiguos también nos enseñaron que la única causa final es Dios mismo y sus propósitos para su creación. En otras palabras, cuando como cristianos empapados en el testimonio bíblico estudiamos historia o reflexionamos acerca de ella, la pregunta que hemos de hacernos no es solamente por qué algo sucedió, sino también para qué sucedió. Jesús y su familia se vieron obligados a huir hacia Egipto porque Herodes quería matarlos; pero también para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta; y para que Jesús pudiera morir, no cuando Herodes lo decretara, sino cuando los planes de Dios así lo determinaran.

Ese “para qué” de nuestra tarea como historiadores nos lleva a la última de las preguntas que sugiero como fundamento para esta conversación: ¿Cómo hemos de entender nuestra historia?

De todo lo antedicho, y de muchas otras consideraciones, se desprenden los siguientes puntos que bien pueden servir de pauta para nuestra discusión:

El primero de esos puntos es que tenemos que reconocer que la historia no es solamente narración del pasado, sino que, sepamos o no, la historia, aunque sea acerca del pasado, siempre se escribe desde el presente del historiador. El siglo cuarto que yo veo cuando leo los documentos de aquel tiempo no es exactamente el mismo siglo que veía Tomás de Aquino cuando lo leyó en el siglo 13, ni tampoco Calvino cuando lo leyó en el 16. Y no es tampoco el mismo siglo cuarto que leerán las generaciones futuras.



Cuando, hace casi 70 años, por primera vez leí las epístolas de Ignacio de Antioquía, lo que buscaba era lo que decían acerca de la naturaleza de Dios, de la persona de Jesucristo, del Espíritu Santo, del bautismo, de la iglesia, de la comunión, etc. A todas esas preguntas fui encontrando respuesta según leía aquellas epístolas. Cuando unas pocas décadas más tarde volví a leerlas, no pensando entonces tanto en los temas tradicionales de la teología, sino más bien en las dimensiones sociales y económicas de lo que Ignacio decía, fui encontrando

respuestas a esas cuestiones. Las epístolas que leí eran las mismas. Pero en cierto modo yo no era el mismo ni estaba haciendo las mismas preguntas. Y por tanto el mismo Ignacio me mostró dos rostros diferentes, pero no incompatibles, sino todo lo contrario: los dos rostros de un pastor profundamente comprometido con el evangelio e igualmente comprometido con la justicia y el bienestar social.

Pero no es solamente nuestro presente lo que le da cierto color al modo en que leemos el pasado. Es también el futuro: el futuro que esperamos, y también el futuro que tememos. En los siglos cuarto y quinto los pueblos germánicos que habían vivido allende las fronteras del Imperio Romano cruzaron esas fronteras en masa. Aquello produjo enormes disturbios y le puso fin a la vieja civilización grecorromana. Pero también fue el nacimiento de la civilización occidental. Hoy las viejas metrópolis coloniales o neocoloniales se ven invadidas por las culturas que anteriormente colonizaron: los africanos cruzan el Mediterráneo para irse a asentar en Europa. Quienes vienen de Angola y Mozambique se asientan en Portugal. Quienes vienen de Namibia se asientan en Alemania. Quienes vienen de la India se asientan en Gran Bretaña. Quienes vienen de América Latina se asientan en los Estados Unidos, o en España o Portugal.

Esto a su vez produce lecturas diferentes de lo que aconteció en los siglos cuarto y quinto.

Desde el punto de vista de los imperios coloniales y neocoloniales en los que ahora se asientan los anteriormente colonizados, lo que está aconteciendo es un enorme desastre que hace peligrar todo lo que ellos consideran civilización. Pero desde el punto de vista de muchos entre los anteriormente colonizados lo que está sucediendo es el nacimiento de nuevas civilizaciones. Unos leen aquellos siglos cuarto y quinto con un temor que refleja sus propios temores de hoy; y otros leen aquellos mismos siglos como señal de esperanza. Unos leen el Apocalipsis como amenaza de destrucción; y otros lo ven como la promesa del tiempo en que una multitud que nadie podrá contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas estará delante del trono y en presencia del Cordero vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos, cantando todos una misma alabanza a un mismo Señor.

¡Amén! ¡Así sea! ¡Y así será!